

La belleza constituye la libertad definitiva. Belleza que es fruto del compromiso, del diálogo y de la convivencia armónica de distintas formas de pensamiento.

La libertad no es un concepto abstracto sino que se construye sobre hechos concretos que demuestran, en la cotidianeidad, el valor de su existencia. Ella no se logra sin la asunción de riesgos. Debemos arriesgarnos a asumir las diferencias, relacionarnos con personas y ámbitos diferentes para entendernos en el diálogo.

La verdadera libertad se da cuando se logra convivir con las diferencias y no cuando simplemente se co-existe con otros, cada uno aisladamente, sin interrelación alguna.

El riesgo comienza cuando entablamos una relación con el otro, con el peligro de perder o ver mermada nuestra intimidad, nuestro pensamiento; se me exige, de alguna manera, salir de mi mismo para pensar en el otro.

Es urgente volver a construir la cultura del riesgo si no queremos quedarnos sin una sociedad equitativa y solidaria. La libertad invita, no obliga. Cristo nos invitó a ser libres, a tener la libertad, que él tuvo, de amar primero. Dar la mano sin esperar que el otro lo haga primero. “Dar la vida por los amigos” no es precisamente “dar la muerte” en un gesto heroico, sino que entregarla en el día a día, en la rutina de una vida aparentemente gris y sin mayor sentido.

Tenemos toda la libertad de hacerlo o no. Está en nosotros tomar la decisión.

También significa renuncia. Siempre, al optar por algo, dejamos de lado otras alternativas. Muchas veces quisiéramos no tener que decidir. Somos libres, no cuando nada nos importa, sino cuando somos capaces de tomar decisiones, de vislumbrar quiénes somos, para qué estamos y hacia dónde vamos.

La libertad no puede existir sin la verdad. Si nos mentimos en nuestra relación con nosotros mismos, en nuestra relación con los demás, si no nos atrevemos a ver con mayor claridad la verdad de nuestra existencia, no somos libres. Muchas veces el desafío consiste en poner de acuerdo lo que yo quiero ser y hacer, con lo que he llegado a pensar que debo hacer y ser para beneficio de los demás.

Yo quiero importarle a la gente, quiero que mi vida le importe a la gente, quiero que la gente me importe a mí, porque creo que allí reside la mayor libertad: cuando encontramos que realmente dependemos el uno del otro. “Felices los que saben que necesitan al otro”. Mi libertad está en elegir ese camino: necesitar a los otros y que los otros me necesiten a mí.

Santiago, octubre 7 de 1997.-